

## La prueba del fuego

Había una vez un muchacho, ya crecido, que salió de la casa de sus padres a emprender su propio viaje por la vida. Para más seguridad, se llevó del hogar parental el “dios del éxito”, que ellos siempre habían mimado mucho y que parecía haberles traído mucha suerte. En su camino fue conociendo gente, teniendo experiencias buenas y malas, y poco a poco iba descubriendo cómo funciona la vida allí fuera del lugar protegido en el que había vivido tantos años. Con el tiempo se dio cuenta que existían todo tipo de dioses que la gente veneraba, y que cada uno tenía sus preferidos. Pero había uno que captaba muy especialmente su atención, así que decidió hacerlo suyo: era el “dios del perfeccionismo”.

Y así fueron pasando los años, el muchacho vivía su vida, sirviendo a sus dioses en lo que ellos le pedían e intentando satisfacerlos lo mejor que podía. En cambio recibía una u otra sensación de contentamiento y tranquilidad de conciencia, una buena reputación y algunos logros destacables, aunque tenía que admitir que esos pequeños momentos de gloria eran más bien escasos en comparación con los muchos conflictos internos que sufría. En realidad, sus dioses eran muy exigentes, nunca parecían satisfechos más que unos breves instantes, eran muy duros en su trato con él y despiadados cuando cometía alguna falta.

Un buen día, el joven conoció a Jesús – y tocado por el mensaje del Evangelio, le entregó su vida. ¡Qué alivio saberse perdonado y poder servir por amor y en libertad a un Dios bueno, misericordioso y paciente! Ahora empezó un nuevo viaje - tenía mucho más a descubrir, a conocer y aprender, y gente muy maja con quien compartir sus experiencias. Estaba encantado de esta nueva vida tan diferente.

A cabo de cierto tiempo, se cruzó en el camino con el Señor. “¿Qué tal te va, hijo mío?”, le preguntó. “¡Muy bien, gracias! - Bueno, más o menos..., aparte de mis luchas permanentes contra la mala conciencia y mi miedo a no dar la talla...”, respondió al darse cuenta que el Señor no se dejaba engañar por su buena apariencia. - “¿Y qué has hecho con tus viejos dioses?” - Sorprendido por la pregunta y un poco avergonzado, contestó: “Los he encerrado en un armario.” – “¿Y...?”, insistió Jesús. El hombre inclinó la cabeza y luego, mirando al suelo, dijo en voz baja: “Y de allí me dan a veces órdenes y yo les hago caso, porque si no, se ponen muy furiosos...” – “¿Por qué no los has quemado cuando me conociste a mí?”, le preguntó el Señor. El joven se quedó en silencio, pensando – y cuando levantó la cabeza, había desaparecido Jesús de su vista. ¿Se había enfadado? ¿O le quería dejar tiempo para reflexionar?

Los días siguientes, daba vueltas y más vueltas al asunto, pero no llegaba a ninguna conclusión. Finalmente, esperó el siguiente encuentro con el Señor para pedirle que le aclare este tema. “¡No pude quemarlos y no puedo hacerlo!”, se excusó, “supongo que forman simplemente parte de mi vida y tengo que pagar las consecuencias.” – “Porque

*tú quieres”, replicó el Señor. “Está en tus manos deshacerte de tus viejos dioses”. – “¿Y por qué no lo hago entonces?” – “¡Por lo que recibes todavía de ellos!” La respuesta le dejó de nuevo perplejo al joven. ¡Pero si sólo le daban caña, le acusaban todo el tiempo y le ponían miedo a fracasar! Jesús, al ver su confusión, continuó: “Pero cuando haces algo bien, te aplauden, cuando tienes éxito, la gloria es para ti, cuando trabajas con exactitud escrupulosa, te hacen sentirte bien contigo mismo... - ¿o no?”*

Era verdad. Allí estaba el problema: no había querido renunciar del todo a estos pequeños (pero profundos) placeres del alma, aunque eran escasos y costosos a lograr. Había pensado que encerrando a sus viejos dioses en un armario les iba a poder controlar, y que así le podían servir y serle útil sin dominarlo, ya que tenía ahora a Jesús como su verdadero Señor y Ayudador. No se había dado cuenta que de esta manera seguían teniendo poder: el poder de darle instrucciones y de amenazarle, de asustarle y de acusarle.

*“Tienes que elegir”, le explicó el Señor, “o renuncias a todos los beneficios que anhelas recibir de tus dioses, los **quemas** una vez para siempre y me das toda la gloria y todo el poder sobre tu vida a mí, ¡o sigues con un oído escuchándome a mí y con el otro a tus dioses, andando cojo y pagando las consecuencias con tus ansiedades y auto-acusaciones permanentes!” - Al hombre le parecía oír un trueno a lo lejos, que acompañaba estas palabras severas e impactantes de Dios... Se dejó caer sobre sus rodillas e inclinó su cuerpo en reverencia: “Tú eres santo, Señor, tú mereces toda la gloria y honra, ¡perdóname por haber querido buscar un poco de gloria para mí mismo, robándotela a ti! Y Señor, tú tienes todo el poder, quién soy yo para poner mi confianza en otra cosa que sólo en ti - ¡perdóname por haber querido controlar mi vida con mis propios medios, he sido un estúpido y sin saber te he ofendido con mi falta de fe! Reconozco que no soy nada sin ti, y que todo lo que soy y tengo y hago es sólo por tu gracia, y eso es suficiente. **Quemaré hoy mis dioses en el altar de tu gloria como holocausto y nunca jamás quiero inclinarme ante ellos. ¡Quiero que tú lo seas todo para mí y que tú, y sólo tú, recibas toda la gloria!**”*

Después de un solemne momento de silencio, Jesús le puso la mano en el hombro y le hizo ponerse de pie. Una fina lluvia caía del cielo y mojaba el rostro del joven, mezclándose con sus lágrimas de arrepentimiento y gratitud. Con un fuerte abrazo lleno de cariño se despidió el Señor y desapareció delante de sus ojos. Entre truenos y relámpagos se fue alejando la tormenta, dejando lugar a un hermoso **arco iris** que se extendió sobre todo el paisaje. El hombre siguió su camino sonriendo, mientras una profunda paz inundaba su ser, como no la había conocido antes...